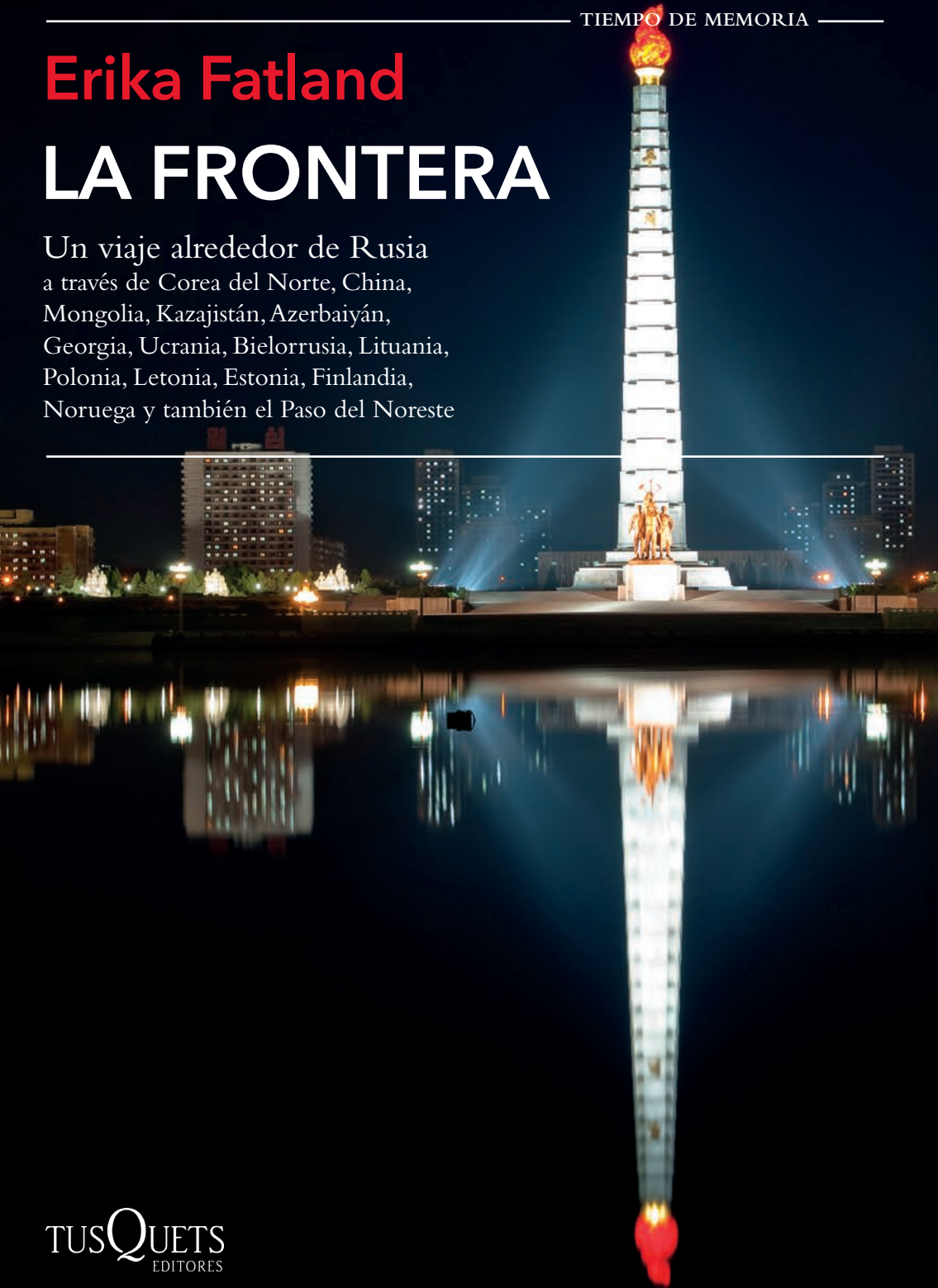


TIEMPO DE MEMORIA

Erika Fatland

LA FRONTERA

Un viaje alrededor de Rusia
a través de Corea del Norte, China,
Mongolia, Kazajistán, Azerbaiyán,
Georgia, Ucrania, Bielorrusia, Lituania,
Polonia, Letonia, Estonia, Finlandia,
Noruega y también el Paso del Noreste



ERIKA FATLAND
LA FRONTERA
Un viaje alrededor de Rusia
a través de Corea del Norte, China,
Mongolia, Kazajistán, Azerbaiyán, Georgia,
Ucrania, Bielorrusia, Lituania, Polonia,
Letonia, Estonia, Finlandia, Noruega
y también el Paso del Noreste

Traducción del noruego de Carmen Freixanet

Título original: *Grensen. En Reise rundt Russland gjennom Nord-Korea, Kina, Mongolia, Kasakhstan, Aserbajdsjan, Georgia, Ukraina, Hviterussland, Litauen, Polen, Latvia, Estland, Finland og Norge samt Nordøspassasjen*

1.^a edición: mayo de 2021

© Erika Fatland 2017

Publicado por acuerdo con Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen

© de la traducción: Carmen Freixanet Tamborero, 2021

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-965-5

Depósito legal: B. 5.202-2021

Fotocomposición: David Pablo

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

El mar	11
El verano ártico, 15	
Asia	55
El arte de reverenciar el poder sin sucumbir a él, 59; Los grandes líderes, 78; Una pregunta delicada, 89; Capitalismo <i>light</i> , 102; El herrumbroso Puente de la Amistad, 111; Colina 203, 116; El Moscú de Oriente, 128; El restaurante Putin, 139; Disney en la frontera, 147; Un dios vivo, un barón loco y un héroe rojo, 150; Los dueños del mundo, 160; En las ruinas de los mil tesoros, 172; Los eremitas de la taiga, 179; Los aventureros, 192; Extranjeros: prohibida la entrada, 201; <i>Back in the U.S.S.R.</i> , 218; En el reino del oso, 227; La ciudad del futuro, 239; Jugar a los bolos en Baikonur, 250	
El Cáucaso	261
El país de los cuentos, 265; El señor presidente y su esposa, la vicepresidenta, 279; El vergel de la montaña negra, 288; Cantando juntos en la frontera, 300; Nadie, 314; El paraíso de Stalin, 327	
Europa	341
El mar inhóspito, 343; Té sueco de calidad, 354; La verruga en la nariz de Rusia, 361; La república separatista más joven del mundo, 378; Tren expreso a Kiev, 393; Viaje en	

grupo a Chernóbil, 409; En la zona fronteriza, 420; El pueblo que desapareció, 429; La excursión que cambió el mundo, 447; Líneas en la arena, 460; La raza superior, 474; Agitación, 484; Una lección de emancipación, 491; La guerra de los monumentos, 499; El puesto avanzado, 509; El mariscal de campo, 516; Una lección sobre el valor del mantenimiento, 536; Laponia, 547; La frontera, 556

Apéndices

Historia abreviada de Rusia	593
Bibliografía	605
Notas	609
Agradecimientos	613

[Fotografías] *[240-241, 384-385]*

El cabo Dezhniov es el punto más oriental del continente euroasiático. Desde aquí hay más de 8500 kilómetros hasta Moscú, más de 6500 a Nueva York y menos de 90 kilómetros al cabo Príncipe de Gales, en Alaska, al otro lado del estrecho de Bering.

Subí al pequeño faro situado sobre un peñasco. Tenía un aspecto extrañamente solitario allí encumbrado, rodeado de empinadas laderas verdes y rocas escarpadas. Miré al mar gris en lontananza. Aquí, exactamente en este lugar, termina Asia, así como la inmensa Rusia. En la parte anterior del faro, encarada al estrecho, hallé una placa de bronce en recuerdo de Semión Dezhniov. El cosaco y recaudador de impuestos Dezhniov había cruzado navegando el estrecho de Bering en 1648, ochenta años antes de que el danés Vitus Bering, oficial de la marina danesa, repitiera la hazaña en 1728. Por aquel entonces todo el mundo había olvidado a Dezhniov y el informe de su viaje acumulaba polvo en un archivo de Yakutsk, a unos cinco mil kilómetros al este de Moscú. El Imperio se había hecho tan grande que el zar no sabía a ciencia cierta dónde se situaban sus fronteras externas y ya nadie tenía un conocimiento general de los descubrimientos de los anteriores exploradores.

Justo debajo del faro había un puñado de casas grises de madera, expuestas a las inclemencias del tiempo: el viejo puesto de control fronterizo soviético. Al otro lado del estrecho los estadounidenses tenían sus propias instalaciones, y así, año tras año, estuvieron pertrechados cada uno a un lado del invisible telón de acero vigilándose mutuamente con prismáticos y radares enormes como casas.

A unos pasos del faro, hallé las ruinas de un poblado yupik. Los yupik son un pueblo aborigen emparentado muy de cerca con los inuit de Alaska y de Groenlandia; en la actualidad solo sobreviven unos 1700 en toda Rusia. Esparcidas por la ladera quedaban unas decenas de cimientos circulares, erosionados parcialmente. Entre las casas, unos largos y puntiagudos huesos de ballena clavados en el suelo servían para colgar las tradicionales embarcaciones de piel de morsa. De no ser por alguna sartén y algún que otro bidón tirado, no me habría sido difícil creer que se trataba de ruinas muy antiguas, pero los habitantes de este pueblo, llamado Naukan, fueron evacuados por las autoridades soviéticas tan solo en 1958. La razón oficial del desalojo fue que era demasiado complicado abastecer un lugar tan expuesto a las inclemencias del tiempo, pero posiblemente su situación geográfica en el extremo del estrecho de Bering, a menos de 90 kilómetros de la costa occidental de Alaska, tuvo un papel determinante en la decisión final.

Los habitantes de la isla Diómedes Mayor, situada en mitad del estrecho de Bering y punto más oriental de Rusia, fueron evacuados ya durante la Segunda Guerra Mundial, antes de que el Telón de Acero separara los dos países vecinos. Los inuit que habitaban en la isla nunca pudieron volver. Entre la Diómedes Mayor rusa y la Diómedes Menor, que pertenece a Estados Unidos, hay un estrecho de apenas cinco kilómetros y por la mitad discurre un meridiano. En invierno, cuando el hielo cubre el estrecho, en teoría es posible —pero por supuesto está terminantemente prohibido— pasar caminando de Estados Unidos a Rusia, del ayer entrar en el mañana. En mitad de la brillante superficie del agua, una frontera invisible pero muy real separa estas dos islas mellizas tan estrechamente vinculadas y tan cercanas por su naturaleza, pero que en el universo humano pertenecen a mundos muy distintos, divididos en el mapa por la misma fina línea que separa el Este del Oeste, un sistema de otro, una fecha de otra.

La frontera de Rusia no es solamente extensa, es la más extensa del mundo: en total 60.932 kilómetros. A modo de comparación, la circunferencia de la Tierra tiene 40.075 kilómetros. Casi las dos terceras partes de la frontera rusa discurren a lo largo de la costa, desde Vladivostok, en el este, hasta Múrmansk, en el oeste. Un enorme territorio casi deshabitado que gran parte del año está cubierto por el hielo y la nieve. Este litoral fue una de las últimas zonas de la Tierra en ser exploradas y cartografiadas. Sévernaya Zemliá, o Tierra del Norte, no fue descubierta hasta 1913 en cuanto último gran archipiélago del planeta y no se cartografió hasta veinte años después.

Más de las tres cuartas partes de la masa terrestre de Rusia están situadas en el este, en Asia. La mayor parte de esta zona no fue conquistada por el ejército del zar, sino por cazadores de pieles sedientos de lucro. A mediados del siglo XVI un poderoso negociante llamado Stróganov obtuvo la bendición del zar para colonizar las regiones situadas al este de los montes Urales y comerciar con pieles. Stróganov no solo estaba exento de pagar impuestos, también obtuvo permiso para organizar su propio ejército privado y emplearlo en las expediciones colonizadoras. Tanto en Europa como en Asia la demanda de pieles era enorme, y gracias a la colonización de Siberia por parte de la familia Stróganov, Rusia fue durante mucho tiempo el mayor exportador mundial de pieles. La caza llevó a Stróganov a adentrarse más y más hacia el este. Rusia crecía literalmente cada día que pasaba. Con el tiempo, la conquista de los cazadores de pieles tuvo carácter oficial y se construyeron fortificaciones y fortalezas. Los cosacos, un grupo de cazadores autónomos, guerreros y aventureros, recibieron el encargo de parte del zar de recaudar el *yasak*, un impuesto a los recién estrenados súbditos que, a menudo, eran nómadas. Los tributos consistían principalmente en la entrega de pieles, mercancía que constituía la principal fuerza motriz de la expansión.

Semión Dezhniov era uno de esos cosacos encargados del cobro de tributos a los pueblos nómadas del este. Nació en 1605, en un pueblo del mar Blanco, no muy lejos de Arcángel, y empezó ya de joven a trabajar en Siberia como recaudador

de impuestos para el zar. Una misión peligrosa y exigente. Muchos de los nómadas ni tan solo habían comprendido que se les considerara súbditos del zar, y, por consiguiente, no tenían conciencia de ser sus contribuyentes. No siempre resultaba sencillo hacerles entender que estaban obligados a abastecer con pieles a un extraño y muy lejano señor.

Las fuentes que informan de la vida de Dezhniov son escasas e inconsistentes. Según parece, fue un diplomático con talento que consiguió varias veces negociar la paz entre tribus en guerra. Gracias a su perspicacia se le enviaba cada vez más a menudo al este en busca de nuevos pueblos susceptibles de pagar impuestos al zar. Junto con un pequeño grupo de comerciantes, cazadores de pieles y cosacos, emprendió la marcha hacia el noreste. Cuando llegaron al río Kolimá, en la Siberia septentrional, supieron por los nativos que existía otro río, el Anádyr, supuestamente repleto de morsas y otros animales de los que se podía obtener pieles, y decidieron ir en su búsqueda. La primera tentativa de seguir avanzando hacia el este fracasó a causa del estado del hielo, pero al año siguiente, en el verano de 1648, lo intentaron de nuevo. Una expedición de unas noventa personas, repartidas en siete *koches*, un tipo de velero ruso especialmente adaptado a la dificultad de navegar por un mar con mucho hielo, partieron hacia lo desconocido. Dos de los barcos sucumbieron de inmediato a una tormenta y nunca más se supo de ellos. Un poco más tarde desaparecieron dos barcos más sin dejar el menor rastro. El 20 de septiembre, la tripulación del último barco vio una formación rocosa que describieron como «un gran cabo oscuro y rocoso»; era el cabo que hoy lleva el nombre de Dezhniov. Aquí se detuvieron y visitaron a los inuit, los habitantes del lugar. También atracaron en la isla Diómedes Mayor. Seguramente sin que Dezhniov tuviera conciencia de que América y Asia son dos continentes distintos.

Al sur de lo que hoy se conoce como estrecho de Bering, pero que por lógica debería llamarse estrecho de Dezhniov, la expedición fue sorprendida por una potente galerna, y los tres buques que quedaban se distanciaron unos de otros. El barco

de Dezhniov, seguramente con una tripulación de unos veinte hombres, naufragó un poco más al sur de la desembocadura del río Anádyr, que era el objetivo de la expedición. No se sabe cuál fue la suerte de las otras dos embarcaciones, quizá se hundieran con toda la tripulación, o tal vez los supervivientes fueron atacados por los guerreros chukchis, la única etnia del Lejano Oriente que ofreció resistencia a los rusos. Una teoría dudosa, pero tenaz, afirma que los supervivientes pisaron tierras de Alaska, donde fundaron una pequeña colonia.

Después de diez semanas de arduas caminatas por tierras desiertas, Dezhniov y su extenuada tripulación alcanzaron el delta del río y allí pasaron el invierno. Al llegar la primavera, solo trece de ellos seguían con vida. Más tarde, el mismo año, Dezhniov estableció el fuerte comercial de Anádyrsk a unos seiscientos kilómetros río arriba. Dezhniov debió de sentirse a gusto en el lugar, porque permaneció allí doce años. Y tan solo veinte años después de haber abandonado Yakutsk para adentrarse en el este en busca de nuevos pueblos aborígenes entre los que recaudar impuestos, regresó llevando consigo una cantidad inverosímil de colmillos de morsa.

En algún momento se perdió el recuerdo del viaje de Dezhniov, para ser recuperado más tarde, fragmento a fragmento, por el historiador alemán Gerhard Friedrich Müller, que lo halló diseminado por diferentes archivos de Yakutsk en 1736, casi noventa años más tarde. Y hubo que esperar hasta 1898, doscientos cincuenta años después de la expedición de Dezhniov, para que la sociedad geográfica rusa decidiera rebautizar el punto más oriental del continente euroasiático: de cabo Este pasó a llamarse cabo Dezhniov. En realidad, lo correcto hubiera sido ponerle el nombre del pueblo yupik, que ya habitaba esas tierras antes de que Dezhniov y su séquito llegaran, pero el mundo es así: el atlas está lleno de nombres de osados europeos que se hicieron a la mar en embarcaciones pequeñas e inseguras para descubrir tierras que ya estaban descubiertas desde hacía tiempo.

La última etapa de mi largo viaje alrededor de Rusia había empezado en Anádyr unos días antes. No en el Anádyrsk de Dezhniov, sino en la ciudad fundada en la desembocadura del río, en 1889, a seiscientos kilómetros del sencillo poblado donde, a lo largo de diez años, Dezhniov y sus hombres mataron cantidades ingentes de morsas y, lentamente, se construyeron una torre de marfil.

La zona del muelle estaba enlodada y desnuda. Un poco más lejos, un grupo de pescadores vadeaban en la bajamar; al fondo divisé grupos de coloridos bloques de viviendas apiñadas. Focas llenas de curiosidad pululaban en el agua de un azul metálico. De vez en cuando, irrumpía en la superficie un lomo de ballena, arqueado y brillante.

Durante las cuatro semanas siguientes cruzaría el Paso del Noreste, de este a oeste, en un viejo barco soviético dedicado a la investigación, el *Akademik Shokalskiy*, llamado así en memoria del oceanógrafo Yuly Shokalsky. En compañía de cuarenta y siete pasajeros más, iba a recorrer 5650 millas náuticas, más de diez mil kilómetros, la extensión de la frontera naval septentrional de Rusia, todo el trayecto hasta Múrmansk.

Todas las plazas del viaje habían sido reservadas un año antes y yo conseguí una de las últimas que quedaban libres. Me había preguntado varias veces quiénes serían mis compañeros de viaje. ¿Quién desembolsa como si nada más de veinte mil dólares para pasar cuatro semanas en un barco relativamente pequeño, con camarote compartido, ducha y servicio en el pasillo, y desembarcando en áridas islas azotadas por el viento como única diversión?

Un grupo de mujeres y hombres encorvados y arrugados subían afanosamente por la pasarela, ataviados con coloridas chaquetas de Gore-Tex, binoculares caros y cámaras todavía más caras colgadas del cuello. No me extrañó demasiado que la mayoría de los viajeros fueran jubilados; fue el promedio de edad lo que me sorprendió. Muchos eran tan mayores que sus frágiles cuerpos temblaban y necesitaron ayuda para bajar las empinadas escaleras del barco. Una parte de ellos viajaban con su pareja, pero muchos ya eran viudos o viudas y viajaban solos.

A la hora de la cena, la conversación giraba en torno al tema de los viajes. Para los que perseguían información práctica, no había lugar mejor. No había isla ni misterioso territorio autónomo que al menos buena parte de ellos no hubieran visitado. ¿Somalia? Por supuesto, habían estado varias veces allí. ¿Bután? Un lugar interesante, principalmente la poco visitada parte oriental. ¿Yemen? Una cultura fascinante, lástima de la guerra. Rápidamente, ya el primer día, se supo que yo era la única persona de las cuarenta y ocho allí presentes que todavía no había ido de expedición a la Antártida. La mayoría la habían visitado varias veces, algunos de ellos habían coincidido en el mismo viaje y por tanto ya se conocían de antes.

A la hora del desayuno del día siguiente, continuaron las charlas entre los veteranos trotamundos. Durante el almuerzo las conversaciones preliminares derivaron en interrogatorios detallados y exhaustivos acerca del cruce de fronteras, los regímenes de visados y las rutas de viaje alternativas. Después le tocó el turno a la primera actividad del viaje: un paseo en zódiacs —es decir, en sólidos botes de goma hinchable— cerca de las colonias de pájaros de las islas.

—¡Va a ser divertido! —solté yo entusiasmada a Elie, la mujer de ochenta y cinco años, una decidida holandesa con la que compartía camarote. Ella, muy experimentada, había hecho la maleta con sus propios colgadores de ropa, adaptadores universales y ropa con logos de sus muchos viajes anteriores por el Ártico.

—¿Divertido? —Me miró incrédula—. ¿Qué quieres decir?

—Nunca he subido en una zódiac —le aclaré.

Entrecerró los ojos, mostrándose realmente sorprendida:

—He hecho cientos de excursiones en zódiac. ¡Cientos!

El mar estaba embravecido y las zódiacs se balanceaban arriba y abajo con brío junto al barco. Para no caerse al agua había que estar alerta y subir a bordo justo antes de que la balsa desapareciera detrás de la cresta de la ola de nuevo. Uno tras otro, los pensionistas tomaron impulso y aterrizaron en la lona con una mirada de desprecio a la muerte y una sonrisa de concentración en los labios.

—Sospecho que se me acaba el tiempo —explicó Alyson, una robusta septuagenaria americana, con una risa ronca y contagiosa—. Solo este último año he perdido a cinco amigos.

Cientos de gaviotas tridáctilas y araos de Brünnich volaron sobre nuestras cabezas justo cuando nos acercamos a los acantilados escarpados donde anidaban las aves. Sus gritos sonaban acompañados de los clics de los teleobjetivos de un metro de largo; los exploradores entrados en años, habituados a ello, se inclinaban peligrosamente por encima del borde de la balsa, adoptando posturas realmente acrobáticas, para fotografiar a las aves desde el ángulo más favorecedor. Nadie, excepto yo, que vengo de generaciones de pescadores y gente de mar, parecía manifestar el más mínimo aspaviento ante las embravecidas olas. A mí se me agolpaba la bilis en la garganta, los ojos me picaban y se me saltaban las lágrimas. Al final, dejé a un lado mi orgullo y gateé hacia la parte trasera de la pequeña balsa donde el balanceo era menor.

Veintisiete días más. La última etapa.

Una noche de hace tres años y medio, soñé que deambulaba por un gran mapa. Mi caminata recorría una sinuosa línea roja: la frontera de Rusia. Erraba de un país a otro, todo el tiempo con la enorme Rusia al norte y al este. Cuando desperté, comprendí enseguida que este sería mi siguiente libro, un viaje a lo largo de la frontera rusa, de Corea del Norte al norte de Noruega.

Me puse de inmediato a trazar la ruta. Quería empezar en Pyongyang y viajar tranquilamente hacia el oeste, hacia Noruega. La democrática y pluralista Noruega y la totalitaria y cerrada Corea del Norte no tienen demasiadas cosas en común, excepto una: los dos países hacen frontera con Rusia. Igual que China, Mongolia, Kazajistán, Azerbaiyán, Georgia, Ucrania, Bielorrusia, Lituania, Polonia, Letonia, Estonia y Finlandia. Solo China está rodeada por igual número de países que Rusia, catorce en total.

Ahora a bordo del *Akademik Shokalskiy*, rodeada del océano Glacial Ártico por todas partes, dejaba atrás gran parte de mi

viaje. Durante nueve meses había viajado por la frontera terrestre meridional y occidental de Rusia, desde Pyongyang a Grense Jakobselv, con una pregunta en la mente: ¿qué implica realmente tener al país más grande del mundo como vecino?

Durante el trayecto descubrí que no existe una sola respuesta a esta pregunta, sino al menos catorce, una por cada país limítrofe. Aunque, en realidad, deben existir millones de ellas, una por cada persona que habita estos territorios fronterizos, ya que todas tienen una historia propia y única.

Tras la caída de la Unión Soviética, Rusia tenía un nivel bajo, tanto económico como político y militar. El dirigente Borís Yeltsin, tan dado a la bebida, estaba al frente del Estado y tenía la ingrata tarea de poner orden después de muchos años de mala gestión económica. En los salvajes años noventa, unos cientos de inversores inmensamente ricos compraron obligaciones del Estado por poco dinero, mientras la mayoría de los ciudadanos lidiaban para llegar a final de mes. La inflación estaba fuera de control, reinaba la anarquía y proliferaban las bandas criminales. En Estados Unidos se celebraba la victoria sobre el comunismo, mientras que en Rusia se lamentaban por todo lo perdido: una sociedad relativamente estable y predecible, y un sistema del bienestar bastante funcional, además de una utopía, un sueño.

También era la pérdida de un imperio. En pocos meses la población se redujo de 300 millones a 140 millones: había desaparecido una quinta parte del territorio, repartido entre catorce naciones independientes. Entre ellas estaban Kazajistán, Azerbaiyán, Georgia, Ucrania, Bielorrusia, Lituania, Letonia y Estonia, estados que primero habían formado parte del Imperio ruso y después del soviético, pero que ahora eran los nuevos países vecinos de Rusia. También los países satélites de la Europa del Este escapaban al control de Moscú. Durante siglos los rusos estuvieron acostumbrados a que incontables pueblos y naciones bailaran al son de Rusia. Ahora la música sonaba diferente: apenas unas notas roncadas y cansadas.

En su discurso anual en el Parlamento, en 2005, el presidente Vladímir Putin calificó la caída de la Unión Soviética

como «la mayor catástrofe geopolítica» del siglo xx. Naturalmente se refería a la disolución territorial, pero también al hecho de que 25 millones de rusos y personas con el ruso como lengua materna, de repente, se hallaran fuera del territorio ruso. Muchos de ellos viven actualmente en los países vecinos, al otro lado de la extensa frontera rusa.

Rusia sigue siendo un país grande. Y ahora, lentamente, vuelve a recuperar territorio. Con Putin en el poder, estos últimos diez años, Rusia ha ido adquiriendo más protagonismo en la escena mundial. La economía está relativamente bien encaminada, y el ejército ha sido modernizado con vehemencia. Los vecinos ya no pueden dormir tranquilos por la noche. En determinados lugares ni tan siquiera duermen, sino que pasan la noche en fríos sótanos oscuros al abrigo de las granadas que alumbran el cielo como si fueran multitud de bengalas.

Nunca fue fácil ser vecino de Rusia. De los catorce países limítrofes, Noruega es el único que no ha sido invadido ni ha entrado en guerra con Rusia en los últimos quinientos años. Mientras las potencias europeas como Francia y Gran Bretaña poseían colonias en ultramar, Rusia seguía creciendo como un solo territorio. Pueblo tras pueblo y nación tras nación fueron sometidos al dominio del zar y anexionados al Imperio, siempre quedaba espacio para más. Actualmente viven casi doscientos grupos étnicos dentro de las fronteras de la Federación Rusa, desde los criadores nómadas de renos en el permafrost de Siberia hasta los pónticos griegos de la fértil costa del mar Negro. A diferencia de Francia y Gran Bretaña, Rusia tiene pocas fronteras naturales, el paisaje es mayormente llano, abierto e ilimitado. Por eso, el Imperio pudo expandirse en todas direcciones. Ya en el siglo xvii, en tiempos del cosaco Dezhnev, el reino se extendía desde Moscú, al oeste de los montes Urales, hasta el océano Pacífico en el este.

Grandes extensiones del país están cubiertas de tundra, taiga y bosque; difíciles de defender, fáciles de invadir. Pero las propias dimensiones, las enormes distancias, han constituido las mejores defensas de Rusia. A pesar de que el terreno al oeste de Moscú es llano, sin grandes cordilleras u otros obstáculos

geográficos, ningún ejército extranjero ha conseguido conquistar Rusia desde el oeste. Cuando los ejércitos alcanzan Moscú, los soldados ya están extenuados y las provisiones se les han agotado; las comunicaciones con el oeste se han vuelto demasiado largas y las temperaturas demasiado frías. Sin embargo, no han faltado tentativas perseverantes: tanto los polacos como los suecos y los franceses se han arriesgado; por no hablar de los alemanes, tanto en 1914 como en 1941, con resultados catastróficos las dos veces.

La prodigiosa expansión de Rusia empezó en el siglo XVI con la conquista del kanato musulmán de Kazán, al este de Moscú, y después con la colonización de Siberia y del Lejano Oriente, iniciada por los cazadores de pieles. En 1613, cuando el primero de los Románov, el joven de veintidós años Mijaíl Fiódorovich Románov, fue coronado zar, el reino era ya tan grande que nadie sabía a ciencia cierta el número de habitantes, los pueblos aborígenes que el joven zar gobernaba o hasta dónde llegaban las fronteras externas de su reino.

Cien años y seis zares más tarde, todavía no se sabía con seguridad cuáles eran los confines de Rusia. ¿América y Asia estaban unidas? El zar que quizá fuera el más próximo a Occidente y con más voluntad reformadora de todos los tiempos, Pedro I, más conocido como Pedro el Grande, fue un apasionado de los puertos y la navegación marítima durante toda su vida. Una de las últimas cosas que hizo fue enviar una expedición a los puestos avanzados situados en los confines de Rusia para cartografiar las costas. El marinero danés Vitus Bering, que al igual que muchos otros marineros daneses y noruegos sirvieron en la marina rusa, fue nombrado jefe de la expedición.

Bering partió hacia la costa del océano Pacífico en 1725, el mismo año que Pedro el Grande murió. Los casi diez mil kilómetros de esa larga expedición hacia el este fueron arduos, por decirlo de forma suave. Gran parte del viaje se hizo por zonas que nadie había pisado antes. Por el camino tuvieron que construir puentes y botes para cruzar los anchos y violentos ríos con los que se topaban. Gran parte del viaje transcurrió por zonas pantanosas en las que muchos caballos y algunos miem-

bros de la expedición murieron a causa de infecciones e incontables picaduras de mosquitos. Los que sobrevivieron a las nubes de mosquitos estivales fueron recompensados con el frío intenso del invierno. Tuvieron que pasar dos años para que la expedición pudiera llegar a Ojotsk, en la costa del océano Pacífico. Y desde allí se hicieron a la mar hasta la península de Kamchatka, conquistada unos diez años antes, pero que todavía era un territorio salvaje, muy poco explorado y habitado por tribus hostiles. Bering y su tripulación tardaron todo un invierno en atravesar el mar y alcanzar Kamchatka, primero en barcos, después en trineos. En marzo de 1728, tres años después de haber salido de San Petersburgo, llegaron al pequeño poblado cosaco situado en la parte meridional de la península de Kamchatka. Al fin podían iniciar la verdadera expedición. Pero primero tuvieron que construir un barco. A principios del verano, estaban preparados para navegar hacia el norte a través de aguas desconocidas.

El 16 de agosto, después de un mes escaso en el mar, Bering cruzó el estrecho que lleva su nombre. La niebla era espesa y la visión escasa. Bering divisó una de las islas Diómedes, pero no la otra, que permaneció escondida en la niebla, al igual que el continente al otro lado del mar. Su ambición era continuar hacia el este, hacia el Nuevo Mundo, pero las condiciones climatológicas eran adversas y el barco, construido de forma rudimentaria, no estaba preparado para resistir condiciones climatológicas de tal dureza. Bering ordenó dar media vuelta.

En 1730, cinco años después de haber abandonado la capital rusa, Bering volvió a San Petersburgo. Allí se puso enseguida a preparar una expedición todavía más larga y ambiciosa, se trataba de la Gran Expedición del Norte, la mayor y más costosa que se haya organizado jamás, posiblemente con excepción del viaje a la Luna. El objetivo era cartografiar las costas del océano Glacial Ártico y del este siberiano, explorar América y Japón, territorios con los cuales Rusia nunca había tenido contacto, y a la vez realizar estudios etnográficos, zoológicos, botánicos, astrológicos y geográficos en Siberia. Los historiadores han estimado que más de diez mil hombres estuvieron implicados de una forma

u otra en dicha expedición, y que costó 34.000 millones de euros según el monto actualizado, una sexta parte del conjunto del presupuesto estatal de la época. La expedición estaba dividida en tres grupos diferentes y en varios subgrupos encargados de cartografiar grandes tramos de la costa septentrional de Rusia.

El mismo Bering, al mando de la expedición, emprendió rumbo al este otra vez. Debido a una serie de problemas logísticos, tardaron cinco años completos en recorrer el trayecto que va de San Petersburgo a Ojotsk. A principio de junio de 1741, ocho años después de haber abandonado San Petersburgo, Bering y su tripulación, compuesta por unos setenta hombres, estaban preparados para zarpar de las costas de la península de Kamchatka. El objetivo era hallar la ruta marítima oriental que les llevara a América.

A mediados de julio divisaron tierra al este; altas montañas nevadas y un abrupto volcán, posiblemente el monte San Elías, situado en la actual frontera entre Alaska y Canadá. La misión había terminado. Ya al día siguiente, Bering ordenó volver a tierra firme. Georg Steller, un médico y naturalista alemán que formaba parte de la expedición, imploró y suplicó sin resultado, para poder permanecer más tiempo allí. Un día fue todo lo que obtuvo para permanecer en tierras del Nuevo Mundo. En ese único día, consiguió describir detalladamente una larga lista de plantas desconocidas y aves, una hazaña que por sí sola habría bastado para inmortalizar su nombre. Pero un día no era ni mucho menos suficiente para investigar concienzudamente aquellas tierras desconocidas que jamás ningún europeo había pisado. En su diario, Steller señala lacónico: «Diez años llevó preparar esta gran empresa, pero se dedicaron diez horas al trabajo en sí».¹

Las provisiones a bordo estaban a punto de extinguirse, y varios miembros de la tripulación presentaban síntomas de escorbuto, también el propio Bering, lo que quizá pueda explicar por qué mostró tan poco interés, incluso indiferencia, por explorar el nuevo continente.

El escorbuto era el terror de los marineros. En la actualidad sabemos que la enfermedad se debe a la falta de vitamina C,

una vitamina que los humanos no pueden producir por sí mismos y deben obtener de los alimentos. Los primeros síntomas de la enfermedad son cansancio y apatía, jadeos y dolor en los huesos, además de cambios en la personalidad. Paulatinamente las encías empiezan a sangrar y los dientes se caen. Es habitual que se sufran hemorragias internas y el paciente muere a causa de las mismas o simplemente de hambre. Si el enfermo toma alimentos y bebidas ricas en vitamina C, los síntomas desaparecen después de una semana o dos y, por lo general, el paciente se recupera. La enfermedad fue descrita ya por Hipócrates, pero se convirtió en un problema serio durante las cruzadas y después en las largas expediciones dedicadas a descubrimientos, en el siglo xv y posteriormente. En muchas de estas expediciones, la mitad de la tripulación podía morir de escorbuto, y en el siglo xviii más integrantes de la marina inglesa murieron de escorbuto que en combate.*

A finales de agosto, no muy lejos de las costas de Alaska, el primer marinero de Bering cayó víctima de la temida enfermedad. Durante la travesía de vuelta, el barco se vio expuesto a tormentas fuertes y persistentes, y, al final, solo unos cuantos marineros estaban en condiciones de tenerse en pie y trabajar. Septiembre dio paso a octubre, y las tormentas se sucedían; al final, morían marineros cada día. Además, las provisiones de agua se acababan. Por fin, a principios de noviembre, dos meses después de haber zarpado de Alaska, avistaron tierra. «Es imposible describir la enorme alegría de todos ante tamaña visión», escribió Steller en su diario. «Los cuerpos medio moribundos se arrastraron a cubierta para ver tierra y todos agradecían de corazón a Dios su gran misericordia.»²

Sin embargo, la alegría duró poco. A medida que se acercaban, se hizo patente que no habían llegado a tierra firme, sino a una deshabitada isla sin vegetación y llena de rocas escarpadas e inhóspitas. El barco encalló cuando intentaban arri-

* Inexplicablemente, los marineros noruegos estaban menos expuestos al escorbuto en esa época. En la actualidad se sabe que se debe a que en los barcos noruegos era habitual llevar provisiones de moras nórdicas y arándanos rojos, ricos en vitamina C. (*N. de la A.*)

bar a tierra y se vieron obligados a pasar el invierno allí. Gran parte de la tripulación estaba tan debilitada por el escorbuto que ya no podía comer, sus encías eran heridas abiertas y sangrantes con hilachos que cubrían los pocos dientes que les quedaban. De los aproximadamente setenta y cinco marineros que habían zarpado de Kamchatka en verano, veintiocho de ellos habían muerto o eran moribundos. Los cerca de cuarenta supervivientes que debieron quedar pasaron el invierno construyendo un barco con los restos del naufragio, y en la primavera de 1742 lograron regresar a Kamchatka.

Para Bering era demasiado tarde. Su estado de salud era crítico; ya no podía tenerse en pie, sino que yacía tendido en el suelo y, lentamente, dejaba que la fina arena le cubriera el cuerpo. Georg Steller intentó sacársela de encima, pero Bering no le dejó. «Déjame», murmuró. «Cuanto más me hundo en la tierra más calor recibo, solo la parte de mí que asoma a la superficie padece frío.»³

Dos horas antes del amanecer, el 8 de diciembre de 1741 según el calendario juliano, Vitus Bering murió a la edad de sesenta años.* En la actualidad, la isla donde murió lleva su nombre. Bering ha entrado en la historia como el Cristóbal Colón ruso, el hombre que descubrió América desde el oeste. En 1776 su nombre fue inmortalizado solemnemente cuando el capitán James Cook bautizó con su nombre el estrecho entre Rusia y Alaska.

También el nombre de Steller ha pasado a la historia. La árida isla en la que naufragaron resultó tener una fauna inusualmente rica, quizá porque nadie la había pisado antes. Steller anduvo muy ajetreado con su labor. Unas cuantas especies animales que descubrió y describió llevan su nombre, entre

* Esta fecha se da tradicionalmente en función del calendario juliano. Según el calendario gregoriano, que es el actual, Bering murió el 19 de diciembre. En 1991 la tumba de Bering fue hallada por una expedición ruso-danesa y sus restos mortales fueron trasladados a Moscú. Las investigaciones demostraron que no había muerto de escorbuto. Partiendo del esqueleto fue posible reconstruir su aspecto, y, al compararlo con su retrato más reciente, se vio que este no correspondía a Vitus Bering, sino que posiblemente fuera de Vitus Pedersen Bering (1617-1675), su tío abuelo. En 1992, los restos mortales fueron devueltos a la isla. (*N. de la A.*)

ellas el león marino de Steller y el águila marina de Steller (o también pigargo gigante de Steller), junto con la que quizá sea la especie más famosa de todas: la vaca marina de Steller. Las vacas marinas de la isla de Bering podían medir nueve metros de largo y pesar casi diez toneladas, y era una de las pocas especies de grandes mamíferos supervivientes de las últimas glaciaciones.

El descubrimiento de la ruta marítima hacia Alaska dio pie a la creación de la Compañía Ruso-Americana. Esta se fundó en 1799, cincuenta años después de la expedición de Bering, y su objetivo era colonizar Alaska, comerciar con los nativos y, lo más importante de todo, procurarse pieles. Los nativos, que fueron obligados a trabajar para los rusos, morían en masa a causa de enfermedades que los extranjeros llevaban consigo, como les ocurrió a seis millones de indios, más al sur, que habían sucumbido a la gripe, el sarampión y la tosferina doscientos años antes. Por otro lado, el fuerte comercial más meridional de la compañía se hallaba totalmente al sur, en Fort Ross, justo al norte de San Francisco, en California.

Alaska fue una anomalía en la historia de Rusia, una excepción: era el único territorio de tierra firme que no estaba unido físicamente al Imperio. Nunca vivieron muchos rusos en Alaska; en su mejor época, había unos ochocientos ciudadanos rusos en la colonia. Durante el siglo XIX disminuyó el abastecimiento de pieles valiosas, a la vez que los yanquis conquistaban cada vez más territorios de América del Norte. En 1867, en un momento en que la Compañía Ruso-Americana estaba relativamente bien administrada y se valoraba la posibilidad de ampliarla para la producción de madera, minerales y oro, el zar Alejandro II vendió Alaska a Estados Unidos por 7,2 millones de dólares. El promotor del lado americano fue el ministro de Asuntos Exteriores, William H. Seward. Este gran negocio, que sin exagerar hoy día puede considerarse la mejor adquisición de territorio de la historia, fue calificado con desprecio por la prensa americana como «la locura de Seward» o «la nevera de Seward». Solo cuando en 1896 se halló oro en Klondike, y, pocos años más tarde, en Nome, se callaron para siempre las críti-

cas americanas. En cuanto a los rusos, nunca se han rehecho de que Alejandro II vendiera tan barata la única colonia de ultramar. Actualmente existen grupos marginales rusos de extrema derecha que sueñan con recuperar Alaska, ciento cincuenta años después de que los americanos la compraran por cuatro dólares el kilómetro cuadrado.

Las amplias descripciones naturalistas del científico alemán Georg Steller sobre la fauna de la isla de Bering, paradójicamente, conllevaron la extinción de varias especies. No pasó mucho tiempo antes de que los aventureros llegaran de lejos con el afán de saquear las riquezas naturales. A mediados de la década de 1750, casi se habían extinguido algunas especies como la nutria marina, de las que según Steller había cerca de un millón en la isla, y el oso marino ártico, de los que debía haber habido casi dos millones. La última vaca marina debió ser abatida en 1768, solo veintisiete años después de la visita de Steller a la isla.

El propio Steller murió a su vuelta a San Petersburgo, a la edad de treinta y siete años, desilusionado, amargado y sin saber que el manuscrito que había mandado a la ciudad pocos años antes le haría famoso. Fue enterrado en Tiumén, al norte del actual Kazajistán. Puesto que Steller era protestante, los monjes locales se negaron a enterrarlo en el cementerio ortodoxo; por consiguiente, se cavó una tumba para él en un lugar apartado junto al río Turá. La tumba y el cadáver fueron profanados por los ladrones de tumbas, desfigurado por los perros y después arrastrado por una riada; al igual que las vacas marinas de Steller, desaparecieron de la faz de la tierra.

* * *

Una niebla densa penetró en el estrecho de Bering. El cabo Dezhnirov desapareció detrás de un impenetrable muro gris y, de pronto, la visibilidad quedó reducida a unos metros, tal como debió de ocurrir cuando Bering navegó por el estrecho casi trescientos años antes. La niebla se disipó tan velozmente como había llegado y doblamos el cabo sin problemas. El mar

era azul plateado, liso como un espejo. Y sin ningún témpano de hielo a la vista.

A la hora de la cena continuaron las charlas sobre viajes más o menos extremos, seguidos de los consiguientes estudios detallados del atlas —el libro más popular que tenía la biblioteca del barco— en el bar. Peter, un abogado de empresas británico, jubilado, lo había exprimido. Desde su retiro, había estado viajando sin descanso. Su casa de Sídney la había alquilado, ya que, de todos modos, no estaba nunca allí.

—Estoy sin casa, pero no sin blanca —afirmó contundente.

Peter podía pasarse horas enteras estudiando el atlas minuciosamente y haciendo planes detallados. El año 2018 ya lo tenía reservado al completo. Pensaba ir a Nebraska y a Kansas, los únicos estados norteamericanos que todavía no había visitado, también a México, Gran Bretaña, Alemania, Bélgica y Turquía, a un par de estados de la India y a toda una serie de países de África Occidental, afectados por el virus del Ébola. Además iba a cruzar Rusia en el Transiberiano, y esperaba poder hacer un viaje corto por Birobidzhán, el óblast judío autónomo, junto a la frontera con China. En la mesa, delante de él, tenía una libreta con el plan de sus viajes, organizados cronológicamente según los meses del año. Continuamente hacía pequeños cambios, tachaba una ciudad o un país, adelantaba un viaje y retrasaba otro. Era miembro de The Travelers' Century Club y ocupaba el puesto 82 de la lista de World's Most Traveled People. El club ha definido que el mundo se compone de 875 territorios diferentes; Peter había visitado 530.

—Al final del año que viene, espero llegar a los 570 —informó—. Entonces quizá suba al puesto 75. Pero el resto de los miembros de la lista también viajan mucho, no hay que perder eso de vista. —Sacó el mapa de los diferentes territorios de Rusia—. ¿Sabes si se puede llegar a Osetia del Sur desde Osetia del Norte? ¿Serán suficientes tres semanas para visitar las distintas repúblicas del lado europeo, al sur de Moscú? ¿O quizá debería dividir el viaje en dos? En la parte europea los territorios autónomos están muy juntos, así que allí se pueden ganar muchos puntos, pero el problema es que solo me dan el visado

para treinta días. Eso complica las cosas, así que estoy obligado a diseñar la ruta concienzudamente. ¿Septiembre es un buen mes para viajar al Cáucaso? ¿Qué crees?

—Septiembre es ideal, suele hacer buen tiempo y calor —le respondí.

—No, espera, lo había olvidado, ¡en septiembre no puede ser, en septiembre voy a hacer el Paso del Noroeste! —Se rascó la cabeza—. Creo que el mes de octubre lo tengo libre todavía. ¿Qué te parece octubre?

—También es buen mes, si no tienes planes de tomar el sol.

—Yo nunca tomo el sol —replicó Peter, y anotó «Cáucaso» en «octubre» en su bloc de notas—. He soñado con este viaje durante tiempo —añadió con un leve suspiro—. Es delicioso pasar una buena temporada tranquilamente en el mismo lugar. ¡Bien, tranquilamente es un decir, pero al menos me ahorraré trajinar la maleta!

El barco tenía sus propias rutinas y su propia concepción del tiempo. Teníamos que atravesar nueve meridianos y a intervalos regulares atrasábamos el reloj una hora. A bordo no había internet ni cobertura telefónica; durante cuatro semanas estuvimos desconectados del mundo y fluíamos por nuestro pequeño universo, un universo que enseguida adquirió ritmo y rituales propios. Había dos comedores rectangulares, y, a los pocos días, la gente procuraba sentarse en el mismo lado, en la misma mesa y con las mismas personas. El desayuno, a las siete y media; el almuerzo, a las doce y media; la cena, a las siete. A babor, veíamos la costa rusa, una oscura franja baja de tierra, parcialmente cubierta por una niebla gris; a estribor, teníamos mar abierto, donde de vez en cuando divisábamos una línea blanca de hielo o islas yermas y desnudas.

Si hubiéramos hecho la ruta más corta a Múrmansk, sin rodeos ni paradas, el viaje habría durado entre una y dos semanas (el récord está en seis días y medio). Pero nosotros desembarcábamos tan a menudo como podíamos en las inclementes islas azotadas por el viento. Islas solo habitadas por aves, leminos y morsas que resoplaban y gruñían. La palabra «ártico» proviene del griego ἀρκτικός, *arktikos*, que significa «cerca del

oso» y se refiere a la constelación de la Osa Mayor, que solo es visible en el cielo nocturno del hemisferio norte. El nombre también podría hacer referencia concretamente a los osos del reino animal. En casi todas las islas en las que desembarcamos pudimos ver osos polares o huellas de ellos. Por eso nunca nos separábamos, siempre íbamos en grupo; este era su hogar y nosotros simplemente éramos huéspedes. En un solo día vimos más de doscientos osos, un uno por ciento del total de la población de osos polares del mundo. De lejos, desde la cubierta del barco, parecían corderos.

Aunque se crea que no se tienen expectativas previas porque el lugar es completamente desconocido y el viaje tan diferente de todos los demás, sí que existen de forma inconsciente en relación con lo que podrá verse y experimentar, pero, sobre todo, en relación con lo que no se quiere ver ni experimentar.

Yo no me había imaginado tanta basura. Nunca había visto tantos barriles de petróleo abandonados como en el Ártico, miles y miles de barriles viejos amontonados o esparcidos por doquier en la tundra; recordatorio palpable de la ambiciosa apuesta soviética por las zonas septentrionales. A lo sumo había más de cien estaciones meteorológicas situadas a lo largo de la costa rusa septentrional, generalmente atendidas por tres o cuatro personas que vivían allá arriba, aisladas y expuestas a todo tipo de inclemencias climáticas, durante un largo verano en el que no se hace de noche y una oscura noche polar igual de larga, y donde a menudo permanecen varios años seguidos. Las primeras estaciones meteorológicas polares fueron construidas cuando se fundó la Unión Soviética, antes de que ningún barco hubiera conseguido atravesar el Paso del Noreste sin quedar atrapado en los hielos al menos un invierno.

Antes de 1920, solo tres expediciones habían conseguido cruzar el Paso del Noreste. El explorador sueco-finlandés Adolf Erik Nordenskiöld fue el primero en completar la travesía desde la costa noruega hasta el estrecho de Bering, en 1878-1879. Pasaron treinta y cinco años antes de que el oficial ruso e hidrografo Borís Vilkitski repitiera la hazaña; fue en 1914, pero esta vez de este a oeste. Además, fue él quien descubrió Séver-

naya Zemliá, la Tierra del Norte, situada aproximadamente en la mitad del Paso del Noreste, al norte de la península de Taimir y del cabo Cheliuskin. A esta isla, que en realidad era un archipiélago, Vilkitski le puso el nombre «Tierra de Nicolás II». En 1926, el archipiélago fue rebautizado con el nombre neutral de «Tierra del Norte», y en la década de 1930, cuando finalmente dichas islas pudieron ser cartografiadas, se les puso nombres tan ilustrativos como isla de la Revolución de Octubre, isla Bolchevique e isla Komsomolets, nombres que en la actualidad parecen tan desfasados como el de Nicolás II en 1926.

El último de los tres exploradores, Roald Amundsen, inició la expedición en 1918. Él sería el primero en surcar el Paso del Noreste y el Paso del Noroeste. Pero tanto Nordenskiöld como Vilkitski y Amundsen quedaron atrapados en el hielo y se vieron obligados a pasar el invierno en el desierto polar. El buque *Vega* de Nordenskiöld quedó bloqueado a solo cien millas del estrecho de Bering, aprisionado por la banquisa durante diez meses; mientras que los dos barcos de Vilkitski permanecieron atrapados en los hielos a unos trescientos kilómetros al este del cabo Cheliuskin. Amundsen se vio inmovilizado dos veces en el hielo y no llegó a Alaska hasta 1920, dos años después de su partida de Noruega.

No sin razón el Paso del Noreste, o Ruta Marítima del Norte como lo llaman los rusos, está considerado una de las áreas marítimas más difíciles de cruzar del mundo entero. Desde Múrmansk hasta el estrecho de Bering hay más de tres mil millas náuticas repartidas entre cinco mares: el mar de Barents, el mar de Kara, el mar de Láptev, el mar de Siberia Oriental y el mar de Chukchi, todos forman parte del océano Glacial Ártico. En invierno el recorrido está cubierto de gruesas capas de hielo. Además, a menudo, sus aguas son poco profundas, en algunos lugares solo tienen cinco o seis metros de profundidad. Hasta 1932, después de varios intentos y muchas catástrofes y acciones de salvamento, no llegó el éxito. Ese año el científico ruso Otto Schmidt consiguió realizar el viaje desde Múrmansk hasta el océano Pacífico en solo diez semanas sin pasar el invierno atascado en los hielos. La exitosa expedición de Schmidt

indujo a la gran inversión soviética en el Ártico y este fue nombrado jefe de la nueva dirección general para la Ruta Marítima del Norte. Estaciones meteorológicas, bases de navegación y bases militares aparecieron a lo largo de toda la costa, y muchos empezaron a soñar con desarrollar la Ruta Marítima del Norte para el transporte comercial, sueño que se concretó en ambiciosos planes quinquenales que nunca vieron la luz.

De los sueños y ambiciones del pasado solo quedan los edificios: destartalados, ruinosos, con estanterías repletas de libros de Stalin y Lenin, y zapatos, sillas, camas y material de aislamiento tirados por doquier. Aquí y allá una máquina de escribir que servía para redactar informes. La mayoría de las estaciones meteorológicas fueron abandonadas tras la caída de la Unión Soviética y ahora son reemplazadas por satélites, pero en algunas todavía viven y trabajan un puñado de personas.

Después de una semana en el mar, desembarcamos en la isla Gran Liajovski, que pertenece al archipiélago de Nueva Siberia. Al lado de casas abandonadas de la década de 1930 que nadie se ha molestado en derribar. Dos edificios nuevos se habían construido para los meteorólogos que vivían y trabajaban allí en ese momento. Nos estaban esperando en la playa cuando llegamos. Tres hombres delgados y altos junto a una joven de rostro pálido y gafas redondas. Ella se llamaba Anja, tenía veintidós años y había vivido en la isla cinco meses.

—Lo peor es el aburrimiento —me contó—. No hay nada que hacer. No tenemos internet ni periódicos, solo una televisión. Aquí nunca sucede nada.

Los cuatro perros de pelo enmarañado se escondían detrás de las piernas de Anja y nos observaban con mirada perdida. Nunca se habían topado con tanta gente a la vez en toda su vida.

—¿Qué hacéis cuando termináis la jornada de trabajo? —les pregunté.

Anja se encogió de hombros.

—Vemos la televisión. En verano, pescamos. De vez en cuando damos un paseo. —Se rio con sequedad—. No hay demasiados lugares a los que ir.